

otros, hasta que vió por sus propios ojos el engaño.

Entonces volvió á ordenar á Cramer que hiciese un código en alemán, y un reglamento de procedimientos expeditos, prometiendo premios á los que propusiesen las mejoras oportunas.

Cramer tendia á la unidad, pero conoció que era un error el querer destruir en un momento las leyes consuetudinarias (1). Tratóse, pues, de recopilarlas para ver cuáles eran las mejores, y dejarlas como código provincial, como una excepción de la ley común; pero Federico no vió concluida la obra. El año 95 se dió á esta reforma fuerza de ley; pero el artículo 1º de la introducción conserva la fuerza legislativa á las leyes y estatutos locales, y solo en defecto de estos debía recurrirse al código general. Extraña contradicción.

En último resultado no me parece que los filósofos tengan demasiada razón para gloriarse de este adepto. Su política fué la de un déspota sin fe y sin remordimientos, que se apresuró á hacer olvidar su *Antimaquiavelo*. Creyó como ellos que el amor á la verdad consistía en descomponer, negar, descreer; en sus cartas privadas demostró un cínico desprecio á toda creencia; aplicaba el egoísmo de aquella escuela á los intereses reales, y decía: *Si quisiese castigar á una de mis provincias, la daría á gobernar á un filósofo*; aplaudía el proyecto de desmentir á Cristo, restaurando el reino judío en Jerusalén, pero no hacía nada: y cuando Voltaire le aconsejaba que abriese en sus Estados un asilo á los filósofos de Francia, le respondía: *Si, con tal que respeten lo que deben, y guarden la decencia en sus escritos*. Es decir, para concluir, amaba la libertad mientras no limitase sus prerogativas.

CAPÍTULO VI

Interior de la Francia. — Córcega. — Luis XV.

Fleury.
1726.

El duque de Borbon, ministro de Luis XV, era tan odioso para el pueblo como para el rey, que al fin lo separó, sustituyéndole Andrés Hércules de Fleury, hombre virtuoso y desinteresado en una corte tan corrompida. Á su advenimiento al ministerio halló el tesoro exhausto, el comercio abatido, sin crédito el Estado, desconceptuado el rey, mucha depravación en las costumbres: en el exterior una guerra peligrosa, y en el interior reanimadas las cuestiones de los jansenistas. Todo urbanidad digna y mesurada, severo en las costumbres, dueño

(1) Mirabeau dice: « El código de Federico es un análisis de las leyes romanas, acomodadas á las costumbres prusianas por un juriconsulto, que tomando la erudición por ciencia como tantos otros, y las leyes positivas por sabiduría, había establecido en un grueso libro, que « no puede haber derecho natural bien fundado, si no procede del derecho civil romano. » De este código provino una inextricable multitud de dificultades que obligaron á Federico á dejarle caer en el olvido. »

de sus pasiones, religioso sin hipocresía, prudente sin genio, enemigo de todo lujo, hasta del lujo del talento, administrando el reino como á una familia, y cuidando, como dice Saint-Simon, hasta del pábilo de las velas, no puede ser comparado ni con Richelieu, ni con Mazarino; pero viniendo despues de una serie de ministros dilapidadores, restauró la hacienda con sus bienes propios, y su ministerio se puede comparar al letargo que un médico procura al enfermo agravado, que le restaura las fuerzas para sostener un nuevo acceso. Amaba el poder como ama el avaro sus cofres, sin buscar en él ni la exterioridad ni los goces; supo obtener mucho con pocos medios, conservó la paz por economía, disminuyendo el ejército, y aumentó sin embargo la influencia francesa. Rechazó de los destinos á los ladrones y á los intrigantes, aunque no supo guardarse de las preocupaciones ni de los delatores, y como cortesano que era no conocia la gratitud. Pequeños y grandes le obedecieron con ménos repugnancia que á Luis XIV, y á su regio alumno inspiró una idea absoluta del poder real, el arte del disimulo y el deseo de la paz á toda costa. Para obtener esta última, halagó á los ingleses hasta el punto de dejar que decayese la marina por no infundirle sospechas, y sin embargo era nombrado árbitro en los litigios de los reyes; sosegó las turbulencias civiles de Ginebra y de algunos cantones suizos; allanó las dificultades que Clemente XII oponía al reconocimiento del rey de Nápoles, y despues en la guerra de Polonia adquirió para Francia la Lorena, que había llegado á ser necesaria á su país despues de la posesión de la Alsacia, y cuya adquisición ponía á París á cubierto de una sorpresa.

Otra adquisición de Francia en aquel siglo fué la Córcega, que despues debía darle un amo. No se habían doblegado los Corsos bajo el yugo de Génova, y muchas veces invocando los mal observados pactos y reclamando contra la creciente opresión habían tomado las armas contra ella. Gente selvática era y dada al ocio. « Que no la inercia sino los gravámenes insupportables disgustaron á los Corsos del trabajo, lo prueban aquellos que en Toscana y en los Estados de Roma dirigian prósperos establecimientos agrícolas, y los que en las Indias, América y en otras partes se enriquecían por caminos diversos, entre los cuales Filippini cita á un Rostchild de su tiempo que ocupaba el primer lugar de toda la Cristiandad por su riqueza como comerciante particular. De Córcega han salido ministros, legados á latere, cardenales, vireyes, almirantes, generales. En la cabaña ahumada del pobre encontraréis retratos de obispos y cononeles y oiréis decir: Este fué tío, primo, pariente nuestro. Un Corso defendió á Brescia de Maximiliano; un Corso salvó á Marsella en tiempo de Enrique IV; un Corso con sus consejos hizo recobrar la corona al emperador de Marruecos; un Corso

renegado, Lázaro de Bastia, fué rey de Argel; una Corsa robada por los piratas fué primera mujer del emperador de Marruecos, y si la pastorcilla de Pontenovo no hubiese rechazado la mano de Bernadotte, sarjento en Córcega (donde Masena servía de cabo), una pobre Corsa se habría sentado en un puesto mas eminente que Carolina y Elisa, reina de Suecia; pero quedándose pastora, no renegó de su culto por una corona, y vivió exenta de penas y mejor que una reina. El espíritu aventurero y el ardimiento calculador de los Corsos es propio de todos los tiempos; ellos corren el mundo con la espada ó con la lanceta, bendiciendo los matrimonios ajenos ó celebrándolos con ventajas personales. Cuando el tercer destierro de Paoli, sus compañeros, descontentos de Inglaterra, que había acogido á los mas ingratamente, pasaron á Irlanda, á Gibraltar, á Alemania, á Egipto, á la Martinica, á Ceilan. En esto Génova hizo un bien á los Corsos; pues echándolos fuera del nido, ejercitó sus alas en mas largo vuelo, é hizo que el mundo conociera mejor aquella angosta isla. Entre odios de familia, de ambición, de partido, fomentados por sus señores, proseguía obstinadamente las venganzas contra toda la parentela del agresor, las trasmitía por herencia, y pueblos enteros tomaban en ellas parte; las torres para los ricos, las asperezas de los montes para el vulgo, eran el refugio de asesinos á quienes la opinión absolvía de sus crímenes y daba un diploma de honor. Sin embargo, la vida pobre les criaba en la abnegación; las discordias les hacían intrépidos, y el afecto doméstico les daba amor á la patria.

El odio que les hacía volver las armas unos contra otros, se acrecentaba cuando tenían que habérselas con los Genoveses, considerados como enemigos comunes. Estos por su parte los miraron siempre como colonos, sin cuidarse de educarlos.

El gobernador de Bastia, teniendo facultades ilimitadas, podía condenar á galeras ó á la muerte por sola su convicción moral, sin forma de proceso, y suspender á su arbitrio cualquiera causa criminal. Los empleos se daban á la aristocracia genovesa, que entraban en ellos sin conocer las leyes y ávida de aumentar sus cortos estipendios. La exacción de las contribuciones era un motivo continuo de escándalos, así como la prohibición de usar armas (1), de suerte que todos los años había una revolución. Para evitarlas Génova, publicaba bandos draconianos, condenando á muerte á todo el que procurase que fuera ofendido cualquier agente de la república ó cometiese un acto próximo á la ofensa; á los que envia-

(1) En 1715 los Genoveses prohibieron el uso de armas, considerando que cada año se cometían mas de mil asesinatos. Veintiocho mil se contaron en los treinta y dos años de la dominación genovesa. En tiempo de Paoli apenas hubo tres al año. Bajo la dominación de la moderna Francia todavía hay mas de ciento, aunque actualmente van disminuyendo.

ran ó recibieran cualquiera cosa de un rebelde ó le hablasen, aunque fueran sus padres ó sus hijos, ó no revelasen las maquinaciones y hasta las sospechas. No contenta con esto aquella república, perseguía también á los muertos y á sus descendientes.

Sublevados los Corsos en 1729, y habiéndose puesto á su cabeza Andrés Cicali, noble insular, y Luis Giafferi, intrépido patriota, expulsaron á los Genoveses. Estos, indignados de que un puñado de gente pobre se atreviese á pedir justicia á su *soberana natural*, recurrieron á Carlos VI, que les envió ocho mil soldados, mandados por el general Wactendock, y seis mil cuatrocientos á las órdenes del príncipe de Wurtemberg; pero los Corsos mataron hasta mil en una sola acción, y Carlos entonces hubo de tomar el papel de conciliador, ofreciéndoles la impunidad siempre que se fiasen de la conocida clemencia austríaca. Mas apenas depusieron las armas bajo la garantía de amplias condiciones, Austria entregó varios de los jefes á Génova, publicó una nueva amnistía, y estableció una forma de gobierno mas libre, pero no garantida, y por tanto ilusoria. Los Corsos, resueltos ya á conquistar su independencia, levantaron la cabeza y proclamaron la república bajo la protección de la Virgen de la Concepción, nombrando generales y primados á Giafferi y Jacinto Paoli, deponiendo sus odios ante el objeto común de alcanzar la libertad (1), y convirtiéndolos en emulación saludable. Los Genoveses tomaron á sueldo Suizos y Grisonos, y recurrieron al torpe medio de perdonar á los malhechores y bandidos que se alistasen contra Córcega, pero no lograron sofocar el incendio.

Aquí se presenta un incidente extraño, pero no tan ridículo como han creído algunos. Teodoro, barón de Neuhoft, noble Westfaliano, habiéndose lanzado á las aventuras, vino á buscarlas á Córcega: era hombre de cuarenta años, de gentil presencia y buenos modales; había estado al servicio de los Estuardos en el desembarco en Inglaterra, al de Alberoni en sus intrigas, el de Law en su banco, donde vió acumularse y disiparse los tesoros con mágica rapidez. Residente en Florencia, nombrado por

(1) « Hacía mas de un siglo estaban reñidas dos numerosas y poderosas familias de la parroquia de Casaconi: la una se llamaba de los Rossis, y la otra de los Neris; y varias personas de ambas partes habían sido víctimas de los golpes de la venganza. No habían podido contener las carnicerías ni los Gaforis, ni la intervencion del marqués de Coursay, ni los ruegos de los piadosos curas párrocos, ni la miseria que estaba consumiéndose á los dos partidos. Semejante prodigio obró el amor de la patria. Fueron llamados á jurar los jefes de las dos partes; se hallaron sus manos sobre el libro sagrado; aquellas diestras, que antes estaban dispuestas á dar la muerte, se apretaron entonces; se abrieron los brazos; se echó al olvido lo pasado, y prometieron que no emplearían las armas en lo sucesivo mas que en defensa de la patria. Fieles á sus compromisos, se les vió siempre unidos prestarse recíprocamente auxilio en defensa de la causa nacional, infalible presagio de un feliz éxito. Tan dulce fué aquel espectáculo para los Corsos, que no hubo ninguno que dejara de manifestar su júbilo y satisfacción. » ARENA, *De los asuntos de Córcega desde el año 1730 hasta el 1768*.

1751.

1732.

El rey Teodoro.
1736.

15 de abril.

Carlos VI, entró en inteligencia con varios Corsos, á quienes habia conocido estando preso por deudas en Génova. Despues de haber buscado en vano en varias córtés subsidios para la Córcega, obtuvo de la regencia de Túnez un bajel, cuatro mil fusiles y mil cequies, los cuales, los zapatos de cuero que llevó y las amplísimas promesas que hizo, indujeron á los Corsos á confiarle el poder. « Titulóse Teodoro I » por la gracia de la Santísima Trinidad y por « eleccion de varios y gloriosísimos libertadores » de la patria, rey de Córcega; » acuñó moneda (1), instituyó la órden de la Redencion, é hizo animosamente la guerra á Génova. Disipados, sin embargo, el poco dinero y las ilusiones, propuso salir á buscar socorros; preso en Holanda por deudas, con promesas de ventajas comerciales, indujo á una compañía de negociantes judíos á libertarlo y darle 5.000.000, con los cuales equipó una flotilla, volvió é indujo á los Corsos á tomar de nuevo la resolucion de defenderse, manifestando á todas las naciones que la felicidad de su isla requeria el gobierno de un soberano, el cual no poseyendo otros Estados, fijara en ella toda su atencion, abriendo los puertos á todas las naciones extrangeras con perfecta neutralidad y produciendo la abundancia en su reino. Los Genoveses, viéndose á punto de perder la isla, trataron con Francia, la cual temiendo que Inglaterra ó España se apoderasen de ella, se concertó con Viena y envió tropas para restablecer el órden. Entónces huyó el rey Teodoro y murió en la miseria en Lóndres (1755), donde su epitafio recuerda cómo *la Fortuna le dió un reino y le negó un pedazo de pan.*

1742. Los Corsos, despues de haberse resistido largo tiempo, se vieron obligados á doblar la cerviz; pero cuando los Franceses evacuaron la isla para combatir en la guerra de Sucesion austriaca, Giafferi y Matra volvieron á sublevarla, el conde Rivarola, sostenido por Inglaterra expulsó á los Genoveses, y los Corsos habrian consolidado su independenciam, si hubieran sabido reprimir sus odios y sus celos. Giafferi, que habia quedado solo en el mando, supo establecer el órden y empezaba á organizar el gobierno y á restaurar el país, cuando fué asesinado y todo volvió á trastornarse.
1753. Entónces Jacinto Paoli, que refugiado en Nápoles educaba á su hijo Pascual con ejemplos de virtud, sencillamente generosa y sagazmente altiva, le envió á combatir por su patria (2).

(1) Era una curiosidad tener monedas del rey Teodoro, y se daban hasta cuatro cequies por una pequeña de cinco sueldos. La leyenda era THEODORUS REX = REGO PRO BONO PUBLICO.

(2) Pascual escribiendo á su padre le llamaba siempre *Señor mio*. Ya hacia algunos años que era jefe de la isla, cuando le envió á pedir algun cubierto de plata, y Jacinto le respondió que Soliman, el gran turco, los hacia y los usaba de palo. En una cuenta del zapatero, Paoli escribió que debia rebajarse el valor del becerro porque era suyo; y sin embargo, se negó á recibir de Francia una pensión de 50.000 francos, y murió pobre mientras nadaban en oro los compatriotas suyos que se habian declarado por Napoleon.

Pascual marchó á Córcega y habiendo sido aclamado jefe, mereció la confianza de los Corsos, y probando con sus palabras y con su ejemplo que « con la libertad todo se puede sufrir y para todo se puede encontrar remedio, » condujo felizmente la guerra mientras restauraba el país; supo establecer el órden en una nacion cuya historia es una serie de revueltas, y demostró que su país era capaz, no solo de vengarse, sino de ser generoso (1). Matra, ofendido de verse pospuesto al jóven Paoli, excitó una guerra civil, pero murió en ella. Ya no ondeaba el estandarte de San Jorge mas que sobre las fortalezas de Bastia, San Florencio, Calvi, Algayola y Ayacio, y las naves corsas molestaban continuamente el comercio de los Genoveses; entónces estos no vieron mas remedio para no perderlo todo que ceder sus derechos á Francia, y lo hicieron en el tratado de Compiègne, á pretexto de hipoteca por la suma que le debian, pero en realidad recibiendo el precio de 4.000.000 de libras tornesas, ademas de serles garantizado el dominio de Capraya y de las posesiones en tierra firme. Tan vil mercado irritó á los Corsos, que animados por Paoli, se prepararon para mostrar que eran hombres y no bestias sacadas á la venta. Uniendo la fe al valor y el fervor religioso al amor patrio, los clérigos y los frailes animaban á la defensa del país, entonando sobre el campo de batalla el himno de la esperanza y sirviendo de escritores, de embajadores, de pagadores.

Pommereuil refiere que Maillebois, general de los Franceses, para asegurar la victoria, hizo ahorcar gran número de clérigos y frailes, dos mendicantes con sus hábitos y un cura párroco entre dos aldeanos. Refiérese tambien el hecho de un fraile, que cuando los Corsos iban á rendir las armas ante Maillebois, viendo injuriadas torpemente su nacion y su persona por un coronel frances (uno de aquellos que gustan de hollar la autoridad sagrada para ser pisoteados por la profana), tomó un arcabuz y le tendió en tierra muerto. Conducido inmediatamente á morir ahorcado de un árbol inmediato, entonó el *Te Deum* y lo con-

(1) Boswell, que cuenta por extenso la sublevacion de Córcega, habla tambien de la invitacion hecha por Paoli á Rousseau y que nosotros mencionamos en otra parte. Ya Rousseau en el *Contrato social* habia escrito: « Hay en Europa un pueblo capaz de legislacion, el Corso. El valor y la constancia con que ha sabido recobrar y defender la libertad, merecerian que algun sabio les enseñase á conservarla. » La gloria de ser este *sabio* lisonjeó por algun tiempo al Ginebrino, pero despues se excusó con sus males, sus persecuciones y mil otras dificultades. « Pero, dice Boswell, Paoli tenia demasiado juicio para someter la legislacion de su patria á un extranjero que ignoraba sus costumbres é inclinaciones. Este general respetaba mas las costumbres establecidas que cualquier otro sistema ideal; fuera de que no habria sido posible que los Corsos aceptasen de golpe un sistema semejante, y habria sido preciso prepararlos poco á poco apoyando una ley en otra, y formando así un completo edificio de jurisprudencia. Paoli pensaba conceder á Rousseau un generoso asilo, aprovecharse de su raro ingenio, y sobre todo emplear su pluma para escribir las heroicas hazañas de los valientes Corsos. »

Paoli, 1755.

13 de mayo, 1768.

1769, 9 de mayo.

tinuó hasta que perdió la voz. Despues de otras ejecuciones, no tan motivadas como esta, la república, para desengañar á los Capuchinos de sus doctrinas *extravagantes y temerarias*, envió á Córcega cuatro, no Italianos sino Franceses. Habria debido enviarlos antes de ahorcar á nadie. Roma los sostenia, y enviaba, en vez de los obispos desertores, un visitador apostólico, cuya cabeza fué puesta á precio por Génova (1). Los domingos en la misa se hacia conmemoracion de los que habian muerto por la patria, los ancianos y las mujeres excitaban á los jóvenes á mostrar valor; una pidiendo entrar á ver al general decia: « Dejádme » pasar, he perdido tres hijos: » otra le dijo: « Un hijo mio ha muerto en la guerra, pero » me queda otro, y he andado sesenta millas » para venir á ofrecérselo por la patria. »

Muchos millares de soldados y 30.000.000 de francos costó á la Francia la primera campaña, en la cual combatieron de una parte el heroísmo y la disciplina, y de la otra la desesperacion y el perfecto conocimiento del terreno (2). El duque de Choiseul, entónces ministro, obstinándose en vencer redobló sus esfuerzos, y los isleños despues de la derrota de Pontenuovo, habiéndose multiplicado las traiciones y los sobornos, desesperados de obtener el cumplimiento de las promesas que les habia hecho la Gran Bretaña, se sometieron. Paoli, verdadero héroe, que habia fundado un gobierno, reconciliado los ánimos, dado á los libres abnegacion, actividad á los inertes, fuerza á un dominio nuevo, importancia europea á un islote, prudencia á sus pasiones y á las ajenas; que habia sabido convertir las facciones en nacion, mandar con respeto, amar á la patria con severidad, trocar en marca de infamia la venganza que ántes se habia mirado como un honor, buscó asilo en Inglaterra, donde fué honrado, festejado, escribiendo á todas las potencias y recibiendo de ellas los consuelos y promesas de que suelen ser pródigas con los emigrados, mientras tienen esperanza de utilizarlos. Los Corsos que no quisieron sufrir el yugo se convirtieron en salteadores, que por espacio de veinte años hicieron insegura y peligrosa la residencia en aquella posesion. Con diez mil vidas y con 80.000.000 adquirió Francia una isla de ningun producto, pero de grandísima importancia para la seguridad de las costas de la Provenza y de su comercio en el Mediterráneo; y al principio no pudo conservarla sino con los rigores militares, castigando á todo el que se encontraba con armas y á todo el que recordaba lo pasado.

Interior de Francia. En el interior la Francia se sentia atormentada é inquieta. Siendo ministro el duque de Borbon, se habian dado muchos decretos entre buenos y malos. Se prohibió mendigar, pero no se

(1) Botta desaprueba al papa por haberlo enviado sin permiso de Génova.

(2) Véase la aclaracion B.

proveyó al sustento de los pobres, se impuso pena de muerte á los reos de hurto doméstico por mínimo que este fuese, lo cual produjo la impunidad, porque ninguno volvió á denunciar tales delitos. En 1724, el ministro de justicia Armonville habia publicado el *Código negro*, que regulaba el tratamiento de los Negros en las colonias. La legislacion de Luis XIV conservaba la atrocidad romana y consideraba al esclavo como cosa, á imitacion de las *Doce Tablas*, pero el Código negro moderó este rigor con la indulgencia cristiana, si bien la codicia halló en él pretextos para eludir las restricciones y aumentar las facultades de los amos.

Á la serie de medidas de hacienda que habian excitado el odio sin siquiera infundir temor, se añadieron dos: el impuesto por doce años del dos por ciento sobre todos los productos de la tierra, y la obligacion de obtener y pagar la confirmacion del nuevo rey (*joyeux avènement*) en todas las concesiones que los particulares poseian. Con esto se sacaron al pueblo 40.000.000, de los cuales apenas una mitad entraron en las cajas del Tesoro. Luis XIV habia publicado cincuenta y una leyes contra los protestantes, todas anteriores á la revocacion del edicto de Nántes. Á su muerte, muchos volvieron á la patria y trataron de restablecer las asambleas; pero algunos magistrados que conservaban la antigua intolerancia, pretendieron quitarles los hijos para educarlos en el culto católico; y despues un edicto renovó los antiguos rigores, prohibiendo todo otro culto bajo la pena de galeras para los hombres, de prision perpétua para las mujeres y de confiscacion de bienes para todos. Con esto emigraron muchos, especialmente á Suecia, por lo cual la ley, tenida ya por todos como inoportuna, fué cayendo en olvido, siendo sus solos frutos primero el odio y luego el desprecio. Mas tarde se la quiso restablecer, cuando la incredulidad descarada de la corte la hacia todavia ménos excusable. Dos hechos llamaron principalmente la atencion entónces: Juan Fabre halló medio de pasar siete años en presidio en lugar de su padre, condenado á él por haber asistido á un sermón protestante. Juan Calas, acusado de haber dado muerte á su propio hijo porque se inclinaba al Catolicismo, fué condenado á muerte por el parlamento de Tolosa, fundándose la sentencia en pruebas absurdas: Voltaire fué á la sazón el órgano de la indignacion pública, y se revocó la sentencia... tres años despues de haber sido ejecutada.

Luis XV era uno de los hombres mas hermosos de su tiempo, vivo de espíritu, recto de entendimiento, aunque tímido y débil, tanto por su niñez enfermiza, cuanto por haberse criado entre las ceremonias de corte (1). Dominado

(1) Mad. Capnan en sus interesantes Memorias dice: « Il » était fort adroit à faire certaines petites choses futiles, sur » lesquelles l'attention ne s'arrête que faute de mieux. Par » exemple, il faisait sauter très-bien le haut de la coque d'un » œuf d'un seul coup de revers de sa fourchette; aussi en

1762.

Luis XV.

desde la infancia de una loca pasión á la caza, consumía en este ejercicio el día entero, terminándolo con cenas de desastrosa profusión. Habiendo cultivado muy poco su talento, no se hallaba bien entre personas cultas en tiempo en que la cultura se iba haciendo universal, y prefería la conversacion de los jóvenes. Ahora bien, la juventud se había pervertido con los ejemplos de la regencia, y no había hecho poco el cardenal Fleury con obtener que se dejara de llevar en triunfo la corrupcion de las costumbres.

Diéronle por esposa á María Leszczinska, hija del destronado rey de Polonia, el cual en las desgracias se consolaba con la filosofía, que enseña á desafiarlas, y con la religion, que nos lleva hasta el punto de bendecirlas. María, criada entre virtudes domésticas, era un ángel de bondad, pero no inspiró amor á su marido; y aunque con su condescendencia, su dulzura, su virtud, y con darle un hijo todos los años conservó su estimacion y su respeto, expió el honor de ser reina con veintidos años de pesares (1). Al principio no le agradaron á Luis otras mujeres, y cuando le alababan alguna famosa, preguntaba: *¿Es acaso mas hermosa que la reina?* Sin embargo, los cortesanos se obstinaban en darle una amiga, esperando dominarlo por medio del vicio, como Fleury lo dominaba con la virtud; y poniendo en juego las mas artificiosas seducciones, consiguieron separarlo de los deberes conyugales. Probada una vez la copa, Luis se embriagó. Sus relaciones sucesivas y casi contemporáneas con cinco hermanas de la casa de Nesle, escandalizaron á aquella corte corruptísima, é hicieron que fuese objeto de vituperio aquello que ya no era sino objeto de desprecio.

La influencia de las mujeres aniquiló la de Fleury, el cual no pudo disuadir al rey de su alianza con María Teresa de Austria. Á la muerte de Fleury, Luis no quiso nombrar otro ministro y dejó la direccion de todos los negocios á la duquesa de Chateauroux, á la sazón su favorita. Esta, inspirándole varonil vergüenza, ya que no otra cosa, lo indujo á ponerse en persona á la cabeza del ejército de Flándes; pero tanto como el pueblo se alegró de ver de nuevo un rey guerrero, otro tanto se escandalizó al notar que le acompañaba su amante omnipotente, la cual se jactaba de hacer de él lo que Isabel había hecho de San Luis. Llega despues el rey á caer enfermo; los eclesiásticos le muestran el escándalo de aquel doble adulterio y la

» mangeait-il toujours à son grand couvert: et les badauds qui venaient le dimanche y assister, retournaient chez eux, » moins enchantés de la belle figure du roi que de l'adresse avec laquelle il ouvrait les œufs: » ¡Tan admiradores eran del fausto los Franceses en vísperas de la Revolucion!

(1) El abate Proyart refiere varias frases felices de María Leszczinska: « Tirer vanité de son rang, c'est avvertir qu'on est au-dessous. — La miséricorde des rois est de rendre la justice; et la justice des reines c'est d'exercer la miséricorde. Les courtisans nous orient: Donnez-nous sans compter! et le peuple: Comptez ce que nous donnons! »

indecencia de que el nieto de San Luis muera en brazos de una cortesana, con lo cual lo inducen á despedir á la concubina y recibir á la reina. Esta voló á los brazos del arrepentido esposo, y como sanase, el pueblo que le creía tambien curado del alma, lo intituló el Bien amado. ¡Mas ah! pronto recayó en los lazos antiguos, y la duquesa le concedió su perdon con la condicion de castigar á los que contra ella le habían dado consejos.

Sucedíola á su muerte la marquesa de Pompadour, hija de un carnicero, mujer de las mas amables y de las mas corrompidas, cuyo imperio sobrevivió al amor. Incapaz de fuertes y grandes combinaciones, poseía sin embargo la Pompadour recursos para todos los momentos; libraba á Luis de dos de sus males mas graves, el tedio y los negocios; quería saber todo lo que pasaba para tener que contar al rey, ridiculizando, elevando ó deprimiendo autores, magistrados ó diplomáticos. Favoreció las artes y todo lo que podía alegrar ó distraer al monarca y ennoblecer la Francia; se rodeó de gentes de mérito y adictas á su persona, y se formó una escogidísima biblioteca. Estableció tambien la fabrica de alfombras de la Savonnerie, aumentó el Museo del Louvre y abrió sus puertas al público. Compró á Picot el secreto de trasportar la pintura de una tela á otra, hizo hermosear á Versalles con aquel gusto que tomó de ella su nombre, y muchas veces sirvió de modelo para estatuas y cuadros destinados á aquel sitio real. Firme en sus resoluciones, con exacto golpe de vista, se mezclaba en la política interior y exterior, y dirigió á los ministros y á los generales en los veinte años que reinó. Del tesoro disponia por medio de billetes á la vista con la simple firma del rey y sin dar cuenta de la distribucion que hacia del dinero (1). Por este medio favoreció á los ingenios nacientes, sostuvo á los medianos, necesitados de proteccion que los grandes se desdaban de darles, y socorrió á pobres y huérfanos aparentando filosofía y filantropía. Cuando el parto de la delфина, hizo que en lugar de otros festejos, el rey dotase seiscientas doncellas; á muchas dotaba ella sobre las rentas de sus tierras, y á otras muchas los cortesanos por imitacion.

Entretanto aquella prostituta con título dirigía á su antojo un gobierno cuya ineptitud é impericia eran cada día mas manifiestas. La emperatriz María Teresa, hallándose en gran necesidad, no se desdenó de escribirle familiarmente, de lo cual ella lisonjeada hizo que en el tratado de Versalles se estrechase con Austria una liga absurda y odiada de la nacion. Para

(1) Los pagarés á la vista (*acquits de comptant*) en tiempo de Luis XIV ascendieron á 10.000.000 al año: en tiempo de Luis XV en solo un año importaron hasta 180.000.000.

Se erigió á Luis XV una estatua á caballo, con las figuras alegóricas de la Paz, la Prudencia, la Fuerza, la Justicia. Decía el epigrama:

¡Qué bella estatua! ¡qué hermoso pedestal!
Tiene piés la Virtud, y va montado el Vicio.

firmar aquel tratado, nombró ministro de negocios extranjeros al abate de Bernis; y viendo que este, hechura suya, no cesaba de oponerse á una guerra contraria á los intereses de Francia, lo substituyó con el duque de Choiseul, poniendo en el ministerio de la guerra á Fouquet, los cuales reanudaron la alianza con la emperatriz: alianza desastrosa para el país, que despues de inmensos sacrificios perdió el Canadá, el Cabo Breton y la Luisiana al Este del Misisipi, el resto de cuyo territorio con el de Nueva Orleans hubo de ceder á España para compensarla de la pérdida de las Floridas.

Cuando sintió disiparse el encanto de sus atractivos, proporcionó ella misma amigas pasajeras al rey, y dirigió la lubricidad de aquel, de quien amaba el poder, no la persona. El Parque de los Ciervos era un recinto poblado de elegantes casitas, con jóvenes destinadas á los placeres del rey. Para proveerlo, se turbaba la paz de las familias mas virtuosas; se preparaban seducciones de años enteros al pudor y á la fidelidad; se educaban niñas que á su tiempo debían dejar su primera flor en brazos del monarca, y algunas tuvieron la desventura de apasionarse de aquel miserable; despues se despedían todas enriquecidas y viciadas; casábanse algunas á pesar de llevar en su seno pruebas de su fecundidad; pero generalmente una querida del rey pasaba al lupanar, y un hijo del rey al hospicio ó á las plazas. Cien millones de francos costó al país este harem de un rey cristianísimo, escandaloso aun despues de las cenas del rege. No pudiendo emularlo, los cortesanos se entregaban desenfrenadamente al vicio y al juego: los hechos importantes de la corte eran censurar la mala disposicion de una fiesta dada por la Pompadour, el grave escándalo de haber admitido el rey á su mesa al hermano de su querida, y la lúbrica historia de las nuevas víctimas reales.

Luis creía que sosteniendo la religion católica quedaria perdonado su libertinaje, y lo que le indujo á la alianza con Austria, fué la esperanza de destruir el protestantismo destruyendo la Prusia. Pensaba como su abuelo, que los reyes tenían algo de superiores aun á los ojos de Dios: habiendo una vez amenazado con el infierno á Choiseul, y contestándole este que otro tanto le esperaba á él, repuso: « En cuanto á mí, la cosa es muy diversa: yo soy el ungido del Señor. » Aburrido á los treinta años, no buscaba los placeres sino como un medio de huir del tedio y de la saciedad. Incapaz de ejercer un poder legítimo, necesitaba una autoridad absoluta y ostentaba sus formas, pero le faltaba la firme voluntad. En ocasiones gobernó sin ministros, y siempre tuvo el mal gusto de mantener correspondencia secreta con sus propios embajadores en las córtes extranjeras, enviando ademas secretamente agentes particulares y espías, los cuales y los ministros debían darle noticias con franqueza mayor de la que solía usarse en las comunicaciones oficiales. Á

este innoble modo de saber la verdad unia la debilidad de no saber aprovecharse de ella, dejando que su consejo adoptase disposiciones que no habria adoptado á serle conocidos los hechos de que el rey tenia noticia.

Entre tales desórdenes se mostraba osada la incredulidad, adornándose con el nombre de libre exámen, y ya sobre este punto aparecían insinuaciones en algunas disposiciones del gobierno. Mientras los filósofos proclamaban que todos los ciudadanos debían contribuir igualmente á las cargas públicas, las deudas del Estado convidaban á abolir los conventos para apropiarse sus bienes. Comenzó el interventor general Machault prohibiendo que se estableciese ningún colegio, seminario, casa religiosa ú hospital sin licencia del rey, y que las manos muertas adquiriesen, recibiesen ó poseyesen sin el propio permiso. El clero no se atrevió á oponerse á esto, pero se opuso á dar la relacion que se le pidió de todos sus bienes para sustituir una contribucion regular al *donativo gratuito*.

Muy irritados estaban los ánimos con la bula *Unigenitus* que excluía del sagrado ministerio á muchas personas piadosas y bien quistas, y dejaba á otras morir sin sacramentos. En 1730, en *solio de justicia* se había prohibido, bajo la pena de ser tratado como rebelde, toda disputa acerca de la Gracia y de los límites de la autoridad eclesiástica. Pero los jansenistas, si no tenían ingenio para componer *Provinciales*, desfogaban su cólera componiendo coplas é inventando milagros con mengua de la religion. Sus enemigos les acusaban ademas como perturbadores y rebeldes á la autoridad. El arzobispo Cristiano de Beaumont, hombre virtuoso y caritativo, pero muy obstinado, juzgó sacrilegio el conceder el Viático á los sospechosos de jansenismo, y mandó que no se diese sino á los que presentáran certificación de haberse confesado con su respectivo cura párroco. Esta medida causó grande alboroto; el parlamento de París declaró que el arzobispo se había excedido y que la bula *Unigenitus* no era de fe, y prohibió negar la Comunión por falta de tales certificados.

Así comenzó entre el clero y el parlamento una violenta guerra, ridicula en los accidentes, pero terrible en sus consecuencias. « Veíase todos los días al verdugo quemar pastorales de obispos que contestaban la jurisdiccion al parlamento, y á los alguaciles y agentes de justicia, con bayoneta armada, obligar á los curas á dar la Comunión á los enfermos (1); » los escritos y los discursos multiplicaban las profanaciones, desacreditando á entrambas partes y dando pábulo á la incredulidad. Tanto se anduvo en este camino, que el parlamento llegó hasta embargar los bienes del arzobispo, y trató de convocar á los pares para juzgarlo. El consejo del rey anuló este decreto y tambien el primero, pero

(1) VOLTAIRE.